

LA CANICULA



AS temperaturas han resultado agobiantes en el curso de la semana que acaba de transcurrir cuando escribo. No es raro que lo fueran en la zona que pisamos, que para eso es éste el país del sol. Pero en Berlín el termómetro ha lle-

gado a los treinta y cinco grados a ambos lados del muro de la vergüenza; en el Tirol, Innsbruck ha sufrido treinta y dos grados a la sombra, y de Nimes a Estrasburgo la temperatura ha oscilado entre treinta y treinta y cinco grados. Estas temperaturas sevillanas en las zonas templadas y aun frías de Europa han ido acompañadas de otros acontecimientos extraordinarios: en las playas de Holanda han aparecido algunos tiburones, como emisarios de tormentas estruendosas y devastadoras. Una de esas tormentas nos alcanzó a nosotros al aterrizar en Ginebra la semana pasada. Los relámpagos fulgían en las colinas alpinas, como breves destellos, sin que el estruendo que hacían se nos hiciera patente hasta que, ya en tierra, fue abierta la puerta del avión. Entonces, un intenso aguacero bruñía el aire del atardecer con brochazos de plata sobre el lago.

Esa agua caída del cielo no moderó el rigor de la atmósfera, porque al día siguiente el termómetro no bajaba de los treinta grados en las orillas del Lemán. Las aguas apacibles y serenas del lago no son útiles ya para aliviar la canícula. El caldo dulzón y tibio que es el Lemán está infectado por los detritus y las excrecencias industriales de sus orillas. La cuestión es preocupante para las autoridades suizas, tan atentas siempre a la salud pública. Igual está ocurriendo en ciertas zonas de Francia. En Besançon, sobre las aguas del Doubs, los cadáveres de millares de peces, con el vientre hinchado al aire, han requerido la intervención de centenares de hombres, que están limpiando de esta desconsoladora hecatombe las bucólicas aguas del río. La sequía provoca un grave problema en el suministro de agua potable de la ciudad. Una fábrica de papel, causante de la inmundicia residual de las aguas, ha debido ser cerrada o está en trance de serlo. La industria, el progreso, la proliferación de fábricas y laboratorios altera y degrada a la naturaleza. En el Contrato Social no estaba inserta esta eventualidad.

El calor es tórrido aún, y parece que seguirá siéndolo durante un tiempo, por la simple y sencilla razón de que estamos en verano. Ello nos lleva a considerar si los procedimientos con que pretendemos defendernos de él son los más apropiados o, por lo menos, perfeccionan a los que usaban nuestros antecesores inmediatos. Ahora no podemos imaginar de qué modo podían soportar temperaturas como las que hoy privan aquellos hombres galdosianos de la primera República y de la Restauración, con poblada barba y cuello de celuloide, calzoncillo largo y bota de cordoncillo. Sencillamente: lo que hacían aquellos caballeros era moverse menos que nosotros; en lugar de dejar penetrar el sol y el calor, lo enfundaban con cortinajes. Se fabricaban una sombra doméstica en la que no cupiera más que un vaso de agua fresca y así bandeaban la situación. Hoy todas esas precauciones serían inimaginables. Estamos en los tiempos del aire acondicionado y, por tanto, los modos de defendernos del calor son un asunto técnico y eléctrico.

Pero, ¿podemos sentirnos verdaderamente satisfechos y asegurados con el portentoso dominio de la temperatura en los locales cerrados? Nosotros confesamos sin ánimo de pontificar que la cuestión nos produce todavía algún reparo. La dificultad no consiste en acomodarse dignamente en un local a sentir las delicias del aire fresco que surge por aparatos y ranuras invisibles y bien ubicadas en la decoración del lugar. No siempre este aire fructivo e inventado queda condicionado a nuestro gusto. De una sesión de cine a la que asistimos no hace mucho podemos decir que, pendientes de la acción de la pantalla, salimos de allí con un repeluzno escalofriado, porque el soplo de aire fresco surgía, sin que nos diéramos cuenta, de un brazo del asiento, en forma gélida e indomable. La otra mitad de nuestro cuerpo mantenía su tibieza angustiosa. Con la mitad refrigerada de nuestro ser, al intermedio mudamos de butaca, al otro lado del pasillo, para que se nos rociara de fres-

cor el lado incólume. Esa refrigeración por zonas parciales no es de nuestro agrado.

Mas la principal dificultad del aire acondicionado, aun en circunstancias irreprochables, está en nuestra salida del ambiente. Después de estar una hora o dos gozando de las delicias de una temperatura prefabricada al nivel de los dieciocho o veinte grados, hemos de enfrentarnos irremisiblemente con el exterior, que está rondando los cuarenta. El sofocón es mayúsculo, agobiante, aturdirador. La cuestión del aire acondicionado no será perfecta hasta que no podamos transitar, como dentro de un termo, a una temperatura regular, dentro y fuera de los locales. Pero esto ya es mucho pedir a la técnica de nuestros días y, desde luego, sería demasiado pedir a la estética urbana.

el abanico y la persiana

Volvamos al pasado: había un instrumento de emergencia dieciochesco que las damas usaban, y usan aún a veces, cuyas virtudes prácticas tardará en superar la técnica moderna. Nos referimos al abanico. Con él no se sometía ni se vencía al calor, pero se lo ahuyentaba, como a un molesto insecto, con bandazos y sacudidas de la mano. Poseen algunos próceres, como Manuel Rocamora y el escultor Marés —éstos cedidos al museo de su nombre—, ejemplares valiosísimos de este instrumento. Hubo un lenguaje del abanico como hubo un lenguaje de las flores y, con él en la mano, en el romanticismo las damas se volvían silenciosamente elocuentes. Mas no es esta vertiente del abanico la que nos interesa evocar, sino su utilidad pura y simple en el orden refrescante.

Cuando expliqué a cierto amigo el perjuicio que me había causado la presión climática de aire fresco sobre uno de mis costados en la sesión de cine, me dio una pista imprevista y muy graciosa que brindo a ustedes. "Nada de aire refrigerado, me dijo, sino mujer con abanico". Como yo no entendiera el jeroglífico, me explicó su táctica para las noches veraniegas. Acostumbra a salir después de cenar todas las noches y se encamina a un cine de barrio. Allí aguarda a que entre —y naturalmente vaya sola o acompañada— una mujer con abanico. Hay que sentarse al lado izquierdo de ella. El aire gratuito e imprevisto está esta vez medido por la previsión humana, no por el ciego impulso de un motor. La refrigeración es pausada, casi constante, y oportuna, más acelerada o menos según las incidencias de la acción filmica, frenética o suave según el interés de cada secuencia.

Mujer con abanico. Este pudiera ser el título de un cuadro pompier y sugiere un mundo huido de futilidades, tal vez una lejana atmósfera colonial y decimonónica. En realidad, el desprestigio del abanico lo produjo la literatura, que se servía de él para situaciones sentimentales ambiguas, en la época de los galanes con "canotier" y bigote con guías. Pero, ¿qué duda cabe de que es un instrumento eficaz? Recuerdo que en los tiempos del pantalón ancho y de Rodolfo Valentino en los entoldados de las Fiestas Mayores de los pueblos de mi comarca los jóvenes daban rodeos lentos al local, en busca de pareja, esgrimiendo unos pequeños abanicos de bolsillo. Un poco más tarde, el instrumento se masculinizó, modernizó y mecanizó; fueron lanzadas al mercado una especie de diminutas hélices de celuloide que, con una presión del pulgar, refrigeraban la faz, sudada por la vehemencia del tango. Esos ventiladores de bolsillo no se han vuelto a fabricar desde los años veinte. Eran los tiempos del Spirit of Saint Louis y la zarabanda de los trombones y de los violines, bajo las lonas del entoldado, parecía transida por centenares de intrépidos y bullangueros aeronautas, con un ánimo como el de Lindbergh, flotante sobre el mar.

Nos defendemos del calor. Existen ahora unos ventiladores silenciosos, toda clase de artilugios electrodomésticos capaces de echarnos encima una bocanada de aire, justamente la que necesitamos. Se han inventado con el plástico los procedimientos de impulsar el aire mediante la pequeña turbina, en lugar de la hélice, que desparramaba los papeles de la mesa y obligaba a una previa, muchas veces brusca, improvisación de aguantes y retenciones con los pisapapeles. Nuestro mundo es desbancado por los logros del confort de hoy. Mas yo, nostálgico, no cambio tres aparatos de esos sabiamente colocados para que nos insuflen frescor en todos los ángulos, por el balanceo que hacía a media tarde una persiana verde sobre el balcón de mi casa, en la infancia, ni por aquella cuerda vieja que yo debía atar a los barrotes del balcón para que no dañara a los geranios.